

## Éramos unos niños (*fragmentos*)

La cámara Polaroid en las manos de Robert. El acto físico, un rápido movimiento de muñeca. El chasquido al sacar la fotografía y la expectación, sesenta segundos para ver cómo había quedado. La inmediatez del proceso se adecuaba a su carácter.

Al principio, jugueteó con la cámara. No estaba totalmente convencido de que fuera lo suyo. Y la película era cara, diez fotos por unos tres dólares, una suma considerable en 1971. Pero tenían bastante más calidad que las del fotomatón y no había que llevarlas a revelar.

Fui su primera modelo. Se sentía cómodo conmigo y necesitaba tiempo para definir su técnica. El mecanismo de la cámara era sencillo, pero las opciones eran limitadas. Hicimos incontables fotografías. Al principio, Robert tuvo que frenarme. Yo quería que hiciera fotografías como la carátula de *Bringing It All Back Home*, donde Bob Dylan se rodea de sus cosas preferidas. Distribuí mis dados y mi matrícula con el logo de The Sinner, un disco de Kurt Weill, mi disco de *Blonde on Blonde*, y me vestí con una combinación negra como Anna Magnani.

—Hay demasiada porquería —dijo—. Deja que te saque sólo a ti.

—Pero estas cosas me gustan —aduje.

—No estamos haciendo una carátula. Estamos haciendo arte.

—¡Odio el arte! —grité, y Robert hizo la fotografía.

Él fue su primer modelo masculino. Nadie podía cuestionarle cuando se fotografiaba a sí mismo. Tenía el control. Viéndose, decidía qué quería ver.

Estaba satisfecho con sus primeras imágenes, pero la película valía tanto que se vio obligado a dejar la cámara, aunque no por mucho tiempo.

(...)

Robert quería fotografiarme en el ático de la Quinta Avenida donde vivía Sam Wagstaff porque estaba bañado en luz natural. La ventana del chaflán proyectaba una sombra que dibujaba un triángulo de luz y Robert quería utilizarlo en la fotografía.

Me levanté de la cama y me di cuenta de que era tarde. Me di prisa en realizar mi ritual matutino. Fui a la panadería marroquí que tenía a la vuelta de la esquina, compré un bollo crujiente, una ramita de menta fresca y unas cuantas anchoas. Regresé, herví agua y metí la menta en la tetera. Vertí aceite de oliva en el bollo abierto, lavé las anchoas, las puse dentro y las espolvoreé con pimienta de cayena. Me serví un vaso de té y preferí quitarme la camisa, sabiendo que, si no lo hacía, me mancharía la pechera de aceite.

Robert vino a buscarme. Estaba preocupado porque había muchas nubes. Terminé de vestirme: pantalones de pitillo negros, calcetines blancos de hilo y zapatillas de ballet negras. Añadí mi cinta preferida y Robert me limpió las migas de la chaqueta negra.

Salimos a la calle. Robert tenía hambre, pero se negó a comer mis bocadillos de anchoas, así que terminamos tomando gachas con huevos en el Pink Tea Cup. El tiempo fue pasando sin apenas darnos cuenta. Estaba nublado y oscuro y Robert miraba continuamente el cielo por si salía el sol. Al fin, por la tarde, comenzó a despejar. Cruzamos Washington Square justo cuando el cielo amenazaba con volver a

oscurecerse. Robert temió que se desvaneciera aquella luz e hicimos el resto del trayecto hasta la Quinta Avenida corriendo.

La luz ya estaba desapareciendo. Robert no tenía asistente. No habíamos hablado de lo que haríamos ni de cómo debía ser la fotografía. Él lo haría. Yo posaría.

Yo tenía pensada mi imagen. Él tenía pensada la luz. Nada más.

El apartamento de Sam era espartano e íntegramente blanco, estaba casi vacío y tenía un alto aguacate junto a la ventana que daba a la Quinta Avenida. Había un prisma enorme que refractaba la luz, descomponiéndola en arcos iris que se proyectaban en una pared con un radiador blanco enfrente. Robert me colocó junto al triángulo. Las manos le temblaron mientras se preparaba para disparar. Me quedé quieta.

Las nubes iban y venían. A su fotómetro le ocurrió algo y él se puso un poco nervioso. Hizo unas cuantas fotografías. Dejó el fotómetro. Pasó una nube y el triángulo desapareció.

—Sabes, me encanta la blancura de la camisa. ¿Puedes quitarte la chaqueta? —dijo.

Me eché la chaqueta al hombro, como Frank Sinatra. Estaba llena de referencias. Él estaba lleno de luz y sombra.

—Ha vuelto —dijo.

Hizo unas cuantas fotografías más.

—La tengo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Ese día sacó doce fotografías.

Unos días después me enseñó la hoja de contactos.

“Esta es la que tiene la magia”, dijo.

Cuando ahora la miro, no me veo nunca a mí. Nos veo a los dos.